

¿Dónde queda la diplomacia?

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Desde que se produjera la invasión de Ucrania en febrero, constantemente estamos oyendo hablar de paquetes de ayuda militar hacia ese país. Lamentablemente, poco se dice de los esfuerzos diplomáticos por lograr la paz. Es verdad que ha habido varias rondas fracasadas de conversaciones y que Turquía, con su presidente Erdogan, está desempeñando un papel encomiable en este terreno, si bien, por ahora, infructuoso. Según mi parecer, ni Estados Unidos ni la OTAN ni el Alto Representante de la Unión Europea, Josep Borrell, están haciendo lo necesario para parar la contienda. Al contrario, el deseo por continuarla parece mayor. Lo decía el Papa no hace mucho: ¿no será que determinados actores aspiran a prolongar el conflicto para probar nuevas armas o deshacerse del stock existente? Evidentemente, no hay pruebas al respecto, pero parece claro que la industria armamentística, en especial la estadounidense, está haciendo un buen negocio a costa de esta conflagración. ¿No sería más efectivo, en términos generales, profundizar en las vías diplomáticas? Es lo que ha sostenido el ex canciller alemán Gerhard Schröder en una reciente entrevista en el XL Semanal, 1818. Amigo personal de Putin y siempre perfectamente informado de los asuntos rusos, en su opinión, Moscú está a favor de una solución negociada. Si esto es así, ¿por qué no explorar a fondo esta posibilidad?

Máxime, si tenemos en cuenta varios aspectos. En primer lugar, que Ucrania es una república con escaso atractivo para la UE y para la OTAN. Evidentemente, el discurso oficial no es ése, aunque es la pura realidad. Ucrania está muy lejos de poder cumplir con los requisitos necesarios para incorporarse al club comunitario. Lo estaba antes de febrero y lo sigue estando hoy. Su calidad democrática es baja y sus niveles de corrupción muy altos. Tampoco la Alianza Atlántica ha estado especialmente interesada en su ingreso. Es cierto que su secretario general, Jens Stoltenberg, hablaba de una política de puertas abiertas, aun a sabiendas de que Ucrania no accedería a la coalición. Incluso, en unas de sus declaraciones de hace unos meses, llegó a reconocer que quizás había sido una equivocación insistir tanto en esa cuestión. ¡A buenas horas!, cuando ya las armas habían hablado. La mayoría de los grandes analistas americanos, desde el demócrata Brzezinski hasta el republicano Kissinger, entre otros, han subrayado la importancia geoestratégica de Ucrania para Rusia, no así para el resto de Europa. Evidentemente, nada de esto justifica la entrada de tropas rusas, pero ayuda a explicarla.

En segundo lugar, la posición de gran potencia de la Federación Rusa debe ser preservada en cualquier proceso de paz. Una de las normas no escritas de la diplomacia bismarckiana de finales del siglo XIX hacía especial hincapié en este apartado, es decir, en que, si se diese un ataque, el agente agresor no podía ver reducido su papel a nivel mundial. No se trata, por tanto, de buscar humillar a Rusia, como pretenden algunos halcones del panorama internacional. Con el reciente fallecimiento de Gorbachov, hemos asistido a una pléyade de elogios de muchos líderes occidentales y de su comparación con Putin, olvidándose de que, cuando éste llegó al Kremlin, optó claramente por un acercamiento hacia Occidente, aunque con poco éxito, salvo en materia energética. De hecho, y en tercer lugar, se achaca a Ángela Merkel que aumentara la dependencia alemana, y europea, del gas ruso. Quiero recordar, en este sentido, que Rusia ha sido hasta la fecha un socio comercial fiable y que, gracias a ello, el gas europeo se ha mantenido a precios relativamente baratos. Actualmente, por el contrario, vivimos en una incertidumbre energética tal que estamos a punto de echar por

la borda la recuperación económica de la crisis de 2007-2008 y la pandemia. Algunos hablan de dependencia del gas ruso, mas yo prefiero hablar de interdependencia, que es lo propio de un mercado global. A este respecto, y tirando de moral barata, no queremos gas ruso porque financiamos así “la guerra de Putin”; sin embargo, no nos importa comprar petróleo de Arabia a espuertas, a pesar de las masacres que está cometiendo en Yemen y de que el príncipe heredero, Mohamed bin Salmán, está implicado en el asesinato del periodista Jamal Khashoggi.

Por el bien de Ucrania y del resto del mundo conviene perseverar en la opción negociadora si queremos salir de este atolladero, que, por cierto, puede debilitar seriamente a algunas democracias con formaciones radicales. Veremos qué pasa en Italia con el partido de ultraderecha de Meloni y en Estados Unidos con los comicios de medio mandato, donde los republicanos de Trump pueden salir vencedores. En su famoso libro “Diplomacia”, Kissinger llega a afirmar lo siguiente: “Los hombres de Estado serán juzgados por la historia en función de su habilidad para asumir los cambios y, sobre todo, por su capacidad para preservar la paz”. ¿Quién está en estos momentos en esta posición en Occidente? Para Schröder, la pregunta es clara: ¿hay una voluntad real de resolver el conflicto? Si es así, tendrá que haber concesiones por ambas partes y ahí reside el meollo de la cuestión.

4 de septiembre de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 9 de septiembre de 2022, p. 21